

## **ENTRE SU SOMBRA Y EL SUELO POLVORIENTO.**

El niño camina cabizbajo, como buscando entre su sombra y el suelo polvoriento, ese espacio en el que pueda encontrar una explicación del porqué de su soledad.

Ese caminar lo lleva hacia los cerros del norte árido de Chuquicamata y de alguna forma, sin saberlo, irá aprendiendo que tarde o temprano, todo aquello, lo deberá poner en movimiento, para seguir viviendo.

En ese deambular se ha encontrado con los juegos infantiles, que de infantiles tienen poco, ya que están hechos sólo de fierro, la bajada por el tobogán de lata, al rojo vivo de la tarde, o salir disparado de la rueda giratoria, empujada por niños mayores, le está preparando para lo que años después sería su realidad.

Los golpes recibidos en ese lugar de juego, lo prepararon para lo que fue más tarde, el rechazo de sus pares en el colegio. Luego la envidia y comentarios mal intencionados, que terminaron con hacerlo salir disparado, al igual que de la rueda giratoria, hacia otros destinos.

A su mano derecha puede advertir la construcción de oficinas del mineral, la llamada Oficina de Pago. Allí fue un día a buscar el primer regalo que le hizo su padrino, un par de patines de metal, de esos que se podían agrandar o achicar, dependiendo de la necesidad.

Ponerse esos patines era toda una odisea, desde tener la llave que permitía girar la tuerca para achicar o agrandar, hasta ajustarlos con esas gruesas correas de cuero, que no cedían con facilidad para cerrar las hebillas.

Así la vida le mostró que lo aprendido con ese regalo, lo preparaba para lo que sería el correr todo el día en busca de una venta puerta a puerta, que sus pies hinchados de tanto caminar, le hacían sentir los zapatos como las correas de sus primeros patines y que todo ello le había preparado para juntar unas pocas monedas que le permitieran, por un momento, sentirse realizado. Su premio una bebida acompañada de un pan con algo, pero que le reconfortaba el alma.

Ya caminando entre los cerros que rodean el campamento, encontró un pequeño arbusto, con hojas que tenían espinas amenazantes, con frutos rojos como sangre, y una araña que se divertía pasando de hoja en hoja, sin reparar en las espinas. Miro a su alrededor y era el único que había. Se podía sentir la soledad de ese arbusto en la inmensidad del árido desierto.

Con los años, logró conectar esa vivencia con su vida, no todo era color de rosa. En muchos con quienes compartió, había una aterradora soledad, el mecanismo de subsistencia radicaba en haberse rodeado de espinas, de frases agresivas, de actitudes destempladas. De manera tal que, nada ni nadie pudiese acercarse a ellos. Esa araña juguetona, le mostraba lo que muchas veces tuvo que hacer, ocultar su dolor y soledad, mostrándose insolente, apto en resumen, fingiendo para seguir siendo él.

Ya pasado los años, se vio compartiendo con muchos otros niños, que al igual que él, debieron ser desarraigados para tener un mejor futuro. La palabra interno, para todos significaba el destierro. Les colocaba en otra realidad, donde todo lo que les rodeaba, estaba lleno de nuevas y desconocidas realidades.

Por primera vez vio el mar.

El internado quedaba a una cuadra del borde costero. En la noche se podía escuchar el chocar de las olas contra las rocas, aspecto que le aterraba, pero a la vez le mantenían fascinado. Su imaginación volaba, surcando ese desconocido mar hacia otras latitudes en busca de algo, de eso que muchos años más tarde encontraría.

En ese desarraigo conoció el rigor de la educación que formaba valores, que le marcaban una senda, en la que debía perder esa libertad que tenía en el mineral. Ahora tenía que responder por cada uno de sus actos.

La vida había cambiado drásticamente. Se sentía cada vez más solo, alejado de su mundo cotidiano. Las lágrimas vertidas en el silencio absoluto de la noche, no lograban aminorar esa sensación de aterradora soledad. No tenía ninguna experiencia de vida que le ayudase con esa realidad.

Un día cualquiera, de esos en que las tardes invitan a mirar hacia adentro de uno, recordó esas fugas a los cerros del mineral, en especial a esa araña y comprendió, lo que esa vivencia le había enseñado. No importaba lo que te rodease, sentía que dentro de él habían miles de habilidades y competencias que se mostrarían cada vez que las necesitase y que le permitirán ser feliz, que la

gracia de vivir radicaba en no ver las cosas que le pasaban como problemas, muy por el contrario, verlos como regalos de la vida, la gracia estaba en saber abrirlos.

Recordó aquella oportunidad en que se esmeró en preparar un regalo para un amor. La elección del papel, de la cinta, de los colores, que todo fuese un concierto de armonía y a la hora de la entrega, el envoltorio fue desgarrado sin piedad, la cinta dejada de lado sin casi mirarla.

Todo el sentimiento puesto en la preparación de ese presente, desaparecía frente a sus ojos atónitos al desamor. Allí comprendió que la vida es un gran regalo, que está en nosotros saber abrirla y disfrutarla, dándole sentido a nuestra existencia.

Al pasar de los años y luchando para forjarse un futuro, un día la vida le dio un regalo inesperado, becado al extranjero para estudiar. No podía dar crédito a lo que estaba viviendo, miles de preguntas se agolparon en su mente, pero una de ellas flotó sobre ese mar de interrogantes y que traía el fin a esa búsqueda, cuando su imaginación volaba, surcando ese desconocido mar, hacia otros destinos.

El regreso de su solitario paseo hacia los cerros, tenía su descanso obligado en la plaza, bajo esa pérgola y a la sombra de un gran pimiento que perfumaba el ambiente. Niños corriendo alrededor, bajo la atenta mirada de sus madres y a veces de algún padre, que en esos momentos le hacían recordar al suyo, que había partido años antes, sin dar explicación alguna, sólo dejando fotografías de recuerdo a su pasada por esta vida.

La ternura que veía en esos padres, le fue preparando para lo que sería la llegada de lo que culminaría su vida, una hija.

Ella saltó a la vida, llenita de sueños, desafiando toda inclemencia, enfrentando su existencia con una valentía y claridad increíble. Cuando de luchar, se detenía a recuperar fuerzas, allí estaba él, para mirarla con esos ojos de orgullo que tienen los padres al descubrir a sus hijos, ir desarrollando las habilidades en el manejo de sus alas, que le permitirán, algún día, levantar el vuelo hacia otros confines.

Nuevamente camina cabizbajo, mirando al suelo, pero ahora leyendo todo lo que en su vida escribió y que se encontraba en ese espacio, entre su sombra y el suelo polvoriento.